



Nómadass

ISSN: 1578-6730

nomadas@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

Jáuregui, Inmaculada

Droga y sociedad: La personalidad adictiva de nuestro tiempo

Nómadass, núm. 16, julio-diciembre, 2007, pp. 121-130

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18101609>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DROGA Y SOCIEDAD: LA PERSONALIDAD ADICTIVA DE NUESTRO TIEMPO

Inmaculada Jáuregui

Doctora en Psicología – Psicóloga Clínica
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Resumen.- El objetivo de este artículo es poner de manifiesto el error de enfoque a la hora de tratar el problema de la droga en general y de las drogodependencias en particular. Insistimos en la noción sesgada del concepto droga ante la separación entre los calificativos ilegal y legal. Así mismo, situamos el problema de la droga tanto en su perspectiva histórica como política, económica y cultural, lo cual permite comprender realmente que la adicción o drogodependencia es un problema global, de estilo de vida, y, por lo tanto, afecta a toda la sociedad en su conjunto.

Palabras clave.- *droga, sociedad, cultura, medicamento, postmodernidad, historia, política, economía, consumismo.*

Résumé.- Le but de cet article est celui de mettre en lumière l'erreur d'approche du problème de la drogue en général, et des toxicomanies en particulier. Nous soulignons le biais du concept drogue, compte tenu de la division qui se fait, à savoir, légale et illégale. De la même façon, nous plaçons le problème de la drogue tant dans sa perspective historique comme politique, économique et culturelle, ce qui nous permet réellement comprendre la phénomène de l'addiction ou toxicomanies en tant que phénomène global, c'est-à-dire de styles de vie et, pourtant, impliquant toute la société.

Mots clés.- *drogue, société, culture, médicament, postmodernité, histoire, politique, économie, consommation*

Summary.- The aim of this article is to highlight the mistakes when approaching the question of drug and drug-addiction. We insist in the biased notion of the concept of drug before the division amongst the concepts of 'legal' and 'illegal'. At the same time, we place the problem of drugs in a historical perspective, as well as the political, economical and cultural ones, allowing to really understand that (drug)addiction represents a global problem, of lifestyle, and therefore affects society at large.

Keywords.- *drug, society, culture, medecins, postmodernity, history, politics, economy, consumerism.*

INTRODUCCIÓN

El debate sobre la droga sigue estando en boga, aunque siga estando enfocado de manera errónea, condenando fundamentalmente a una capa de la sociedad, ya de por sí estigmatizada: la adolescencia. De esta manera, se presenta el debate en torno a la adolescencia y la droga, y cómo prevenir esos efectos devastadores que, dicen algunos/as pseudoexpertos/as, pueden incluso llevar al desarrollo de enfermedades mentales como la psicosis. Las políticas destinadas a la “guerra contra las drogas” ya sean reduccionistas de daños o prohibicionistas, se dirigen hacia una población muy concreta, los/las adolescentes, que parecen ser las únicas personas afectadas por este problema. En este sentido, el debate sobre las drogas se convierte así en un debate sobre el control social de una capa de la población que parece haber perdido el rumbo. Lo que más llama la atención es que dicho problema y dicha población parecen vivir en un limbo social pues ningún debate incluye toda la estructura social, política y económica que rodea a tal “supuesto” fenómeno. Parece que la adolescencia por sí sola, crea este problema, también aislado de toda la infraestructura requerida para extraer y proveer dichas sustancias ilegales denominadas drogas. Pocos son los autores e investigadores que osan enraizar el problema de la droga en su contexto social, económico y político, pues ello significaría poner en tela de juicio a todo el entramado social, incluida la propia acepción diagnóstica del término droga, además de todo el sistema de valores que nuestra sociedad occidental postmoderna promueve. Valores que fácilmente podrían ser incluidos dentro del diagnóstico de psicopatías y trastorno de personalidad antisocial y límite pues la otredad, es decir, la herida narcisista está en el núcleo de la occidentalidad.

En este sentido, el propósito de este trabajo es situar el “problema de la droga” en su contexto político, económico y social para entenderlo mejor y englobar a toda la población, no sólo los adolescentes, dentro de dicho problema. Además, nos proponemos recordar la historicidad de la droga, pues ello también permite entender mejor tal problema y, finalmente, entender que

estamos todos/as inmersos en procesos adictivos. Como el gen de la toxicomanía o de la drogadicción no existe, queremos incidir en que tal problema es fundamentalmente de origen social y, por lo tanto, hay que volcarse en el análisis de los aspectos sociales si realmente queremos entender y hacer algo de manera realista. Todo ello conduce a poner en tela de juicio el significado sesgado del concepto de droga.

EL CONCEPTO DE DROGA: UNA DEFINICIÓN INTERESADA

Podemos decir que, en nuestras sociedades occidentales, las drogas son de dos categorías, cada una de ellas portadora de un estigma totalmente diferente. Por un lado, los progresos de la psicofarmacología y de la neurobiología han conducido a poner en el mercado productos que procuran un equilibrio psicológico con efectos secundarios “reducidos”. De esta manera, la humanidad se mejora artificialmente gracias a los medicamentos psicotrópicos, fármacos o drogas, permitiendo así apaciguar la angustia, estimular el humor, estabilizar los cambios bruscos de humor, reforzar la memoria o la imaginación, calmar las conductas agresivas, hacer desaparecer la ansiedad, amortiguar las obsesiones y compulsiones, entre otras posibilidades. Si se pueden modificar las percepciones mentales sin peligro para sí mismo/a y los demás, nuestras sociedades estarán compuestas de individuos “normales” asistidos en permanencia por drogas cada vez más perfectas. Es cada vez mayor la tendencia de las sociedades occidentales actuales el convertir “nuevas dolencias anímicas” en enfermedades. Estas “nuevas dolencias”, en muchas ocasiones, no son otra cosa que las vicisitudes de la vida normal como la “disforia premenstrual” o el duelo, cuya dolencia se incluye ya hoy dentro del diagnóstico de “trastorno de adaptación” y para la cual, desde luego, hay fármacos apropiados. (Bleeh, 1999). De esta manera, parece que el mito de la droga perfecta es una cuestión política, social y, fundamentalmente, económica. Todo esto nos evoca el mundo feliz de Aldous Huxley (1976) en el cual se cuenta cómo se encomendó a una serie de farmacólogos y bioquímicos la tarea de desarrollar una droga para hacer felices a la gente, un “soma” que permitiera evadirse de la realidad siempre que uno lo deseara y sin que tuviera efectos secundarios devastadores, una droga que permitiera a la gente rendir sin ningún espíritu crítico. En este sentido, hay toda una serie de drogas que en su día fueron concebidas en los países occidentales para depresiones graves pero que hoy se utilizan para una amplia gama de trastornos que antes no existían. Quizás la más representativa de esta gama sea el Prozac.

Por otro lado, tenemos todo un abanico de sustancias igualmente psicotrópicas, es decir, drogas cuya finalidad es igualmente la modificación de percepciones mentales y así aumentar nuestras facultades más humanas, pero que encarnan, al contrario que las otras, el mito del diablo llamado droga. Este grupo de drogas están acusadas de destruir tanto al sujeto como a la sociedad. Su utilización conduce a la adicción y repliegue hacia el interior del ser humano. Es lo que se ha conocido hasta ahora con el término “toxicomanía”. Se trata de una dinámica de desestructuración individual que tiene consecuencias sobre lo social. Desde que la “droga” es un fenómeno de masas, la toxicomanía es el parangón del individuo sin vínculo y como el vagabundo de antaño, encarna la presencia de lo a-social.

Tras una profunda reflexión resulta imposible no cuestionarse sobre la asimilación de estas “drogas” a la pobreza, la adolescencia, la delincuencia, la exclusión social y, más concretamente, a algunas patologías del vínculo (social). Sin negar esta realidad –más cruda desde hace veinte años- debemos especificar que es tan sólo una parte de un todo mucho más profundo y complejo. Así mismo, no podemos dejar de obviar que estas drogas han sido y siguen siendo consumidas igualmente por clases sociales bien integradas, con una vida familiar desarrollada y una implicación social y política importante. Este ha sido y es el caso, por ejemplo, de la cocaína. Encapsular el problema de la droga a los problemas sociales o a capas determinadas de una sociedad, como los pobres o los jóvenes, no permite explicar y dar cuenta de una presencia no sólo masiva sino además muy diversificada de la problemática de la adicción a sustancias psicoactivas (legales o ilegales) en nuestras sociedades occidentales. Sin embargo, si ello ocurre, es de alguna manera porque la cuestión de la “droga” es un asunto fundamentalmente de orden político, económico y moral, en donde el tema del control social adquiere un enorme protagonismo y, por lo tanto, podemos decir que dicho “debate” está profundamente sesgado, desviado de su verdadero foco de atención que sería el “nuevo orden social” y la desestructuración que ello conlleva.

La adicción a las drogas en general, que sean estas drogas ilegales o legales, como el alcohol o los medicamentos, conducen a la adicción o esclavitud pero, todas ellas participan de un clima existencial propio de nuestras sociedades occidentales individualistas y cuya figura del toxicómano no es sino el prototipo radical, es decir, llevado a su máxima expresión, del individuo (post)moderno. En otras palabras, la figura del toxicómano constituye solamente la punta del iceberg de toda una sociología de las drogas.

¿Cómo es posible que productos tan dispares y con efectos tan diversos sobre el sistema nervioso central hayan sido estigmatizados negativamente como drogas y otros, con los mismos efectos o parecidos, se hayan quedado fuera de la consideración estigmatizada del término droga? Es sabido que la toxicidad no parece haber sido el único criterio que ha conducido a prohibir ciertas sustancias (Ehrenberg, 1995). Entonces, ¿qué o quién es el que determina que una sustancia sea droga? Aquí reiteramos de nuevo: no es una cuestión de toxicología o química sino de cultura o normas (Szasz, 1974).

A propósito del potencial adictivo de las drogas ilegales, también la mayor parte de estudios están profundamente sesgados y manipulados por diversos intereses. Por un lado, destacamos la falta de estudios sobre los efectos secundarios –a corto, medio y largo plazo- de las drogas legales, por no mencionar las constantes adecuaciones de los estudios orientados a satisfacer los intereses de las empresas farmacéuticas. Por otro lado, destacamos la manipulación de los resultados en aras de la promoción de drogas legales, extendiendo el consumo a la adolescencia y la infancia. Es lo que ha pasado con el Prozac cuyo principio activo, la paroxetina, se reveló como potenciador del suicidio. En cuanto a los estudios sobre los efectos secundarios de las drogas ilegales, también está claro la falta de consenso científico. Esto es lo que ha ocurrido con las conclusiones de tres científicos reputados en el tema de las adicciones sobre el consumo de éxtasis a largo plazo que al parecer no representa un peligro. Además, es conocido que, con respecto a las investigaciones llevadas a cabo sobre dicha sustancia, sólo se han informado detalladamente de aquellos estudios que arrojaban datos sobre los efectos devastadores del consumo de dicha sustancia. La polémica está servida. Si realmente la ciencia fuera tal, es decir, objetiva e imparcial, debiera para empezar por obtenerse los mismos resultados si se utilizan los mismos métodos. A ello, habría que añadirse la publicación de todos aquellos estudios sobre el tema, sean cuales sean los resultados. Si ello no ocurre así es porque detrás de la ciencia están los factores humanos, entre los cuales destacamos los valores, la moral, los intereses económicos y la ideología (di Trocchio, 1995). Al mismo tiempo tenemos que añadir que el fomento de las drogas legales tiene como consecuencia una importante reducción de infraestructuras socio-sanitarias y por lo tanto, reducen considerablemente el gasto público, objetivo principal de la economía neoliberal.

LA DROGA: ENTRE LO INDIVIDUAL Y LO SOCIAL. UN ATAJO HACIA EL INDIVIDUALISMO POSTMODERNO

El aspecto más fundamental y ontológico de la droga está justamente en su posición liminal entre el individualismo más feroz, representado en el derecho de disponer de su propio cuerpo, y el sentido de pertenencia a la sociedad, al punto de tener que controlarla por medio de leyes porque, ¿cuándo se determina problema social? En otras palabras, el problema de la droga se perfila en un espacio entre la propia construcción de la subjetividad y la pertenencia o vínculo a una sociedad.

El problema de la droga está atravesado por dos dimensiones de la vida moderna. Por un lado, las drogas constituyen una respuesta técnica, industrial al proceso de tener que inventarse o hacerse a sí mismo –cuyo modelo americano está representado por el *self-made-man*- cuando hasta nuestra modernidad el ser humano era dictado por Dios, la Naturaleza o la Jerarquía. Y recordemos que la democracia es un tipo de sociedad que se funda sobre la soberanía del individuo que tiene que construirse sobre toda una columna vertebral ausente. Ello genera una enorme angustia y ansiedad pues el individuo moderno debe cargar solo con el peso de su existencia, que más que nunca es una existencia propia. La segunda dimensión es la pacificación o anestesia. Mal que pese a muchos, la droga permite gestionar algunos de los problemas generados por el propio proceso de civilización. Debemos controlarnos por

nosotros/as mismos/as y por nuestros propios medios. De esta manera, la sociedad queda pacificada pero el conflicto queda atrapado en nuestra interioridad. Norbert Elias (1991) habla de guerra en el interior de nosotros/as mismos/as.

En el proceso de civilización las drogas permiten a la subjetividad, en guerra contra sí misma, vivir pacíficamente y escoger el modo de relación con el exterior: acelerar el vértigo que ofrece el propio proceso de civilidad o protegerse y refugiarse de los límites que la civilización impone. Las drogas permiten darse un cuerpo¹, aumentar el sentimiento de existir por sí mismo/a en una sociedad que a su vez no tiene cuerpo y que nadie tiene ya su lugar; sociedades atópicas, desubicadas o como en la economía actual: deslocalizadas. Las drogas nos permiten aligerar nuestra carga y así alían las ventajas de las sociedades antiguas, en donde cada persona tenía su destino, con las de las modernas sociedades, en donde cada uno puede construir su propia historia (Ehrenberg, 1995).

Una vez desaparecido el espacio social, el exterior, el individuo es el único espacio donde la patología social actual se cristaliza. Lo que antes era motivo de huelga o protesta social, hoy es motivo de baja laboral por enfermedad. Si el espacio público se ha reducido hasta concentrarse en cada individuo, la “patología social” también se ha encarnado en el único espacio-tiempo posible: el individuo, pues éste es el único “caso de figura” que aparece en la escena, dado que los espacios públicos tanto políticos como sociales, han ido desapareciendo.

De la misma manera que el holocausto representa la culminación paroxística de la racionalidad economicista de la modernidad (Bauman, 1997), la “droga” –ilegal y mala– sería la culminación paroxística, la manía (en el sentido de locura en el siglo XIX) de la “subjetividad”, del individualismo postmoderno que promueve (y culpa) la propia responsabilidad individual, su autosuficiencia, hasta despojarlo del último reducto de lo público. Dicho de otra manera, la droga-adicción –de sustancias ilegales– es la utopía postmoderna hecha realidad: vivir en su propio mundo sin alteridad, el mito de Robinson, que a su vez se reprocha a la persona droga-adicta, cuando en realidad es el valor supremo del (post)modernismo actual y esa es la situación esquizofrenizante de la sociedad occidental actual. Las personas droga-adictas han hecho realidad este sueño moderno y postmoderno: vivir sin el otro pero con otro –droga–.

En cambio, las drogas legales –y en esto radica su principal diferencia con las ilegales– cumplen una doble función: paliar el sufrimiento que el individualismo provoca y permitir la “integración” social de aquellas personas que consumen. De ahí su interés político y social, al cual viene aunarse más tardíamente el económico. Realmente no importa, o incluso se fomenta, que seamos dependientes, siempre y cuando sigamos el esquema “social” indicado. Quizás por esta razón cuesta reconocer como adicciones a las “nuevas dependencias”, a la droga-adicción sin droga, a la “toxicomanía” sin sustancias psicoactivas. En definitiva, se trata de intentar hacer realidad la utopía de Aldous Huxley: un mundo feliz.

El nacimiento del problema que llamamos “droga” está asociado a la emergencia y difusión del sentimiento de individualidad bajo una forma doblemente ambivalente: una conciencia de sí mismo que se vive como dividida y una independencia respecto de las reglas sociales. El problema de la droga se ha moldeado en esta alianza contradictoria entre la emancipación con respecto a lo exterior, a lo social y la dependencia hacia lo interior. A la pérdida del sentimiento de pertenencia le sigue el mundo de la sensación buscada a través de toda una panoplia de maneras de estimular los sentidos. Dicha panoplia abarca dominios tan aparentemente alejados como los grandes almacenes desde el alcohol hasta el arte o el bienestar. En esta búsqueda, la droga va a jugar un papel único y es el de la sensación pura: ella establece una plenitud tal, un contacto tal con la propia identidad, que corta toda relación con la otredad. De alguna manera, la droga representa ese onanismo identitario, ese bucle melancólico (Juaristi, 1998), ese enamoramiento consigo mismo que conlleva a su vez, como en el mito de narciso, a su propia muerte ya que la existencia está estrechamente intrincada con la alteridad (Ehrenberg, 1995).

La cuestión de la droga se sitúa en una encrucijada en donde convergen las tensiones del individuo moderno; un individuo soberano, libre e igual a los otros que modifica artificialmente a

¹ La droga de la que habla Aldous Huxley en su novela se llama precisamente “soma” que significa cuerpo.

través del consumo de una sustancia psicoactiva su estado de conciencia usando su plena libertad. En este sentido, lo que llamamos problema de la droga deriva del interrogante sobre el funcionamiento de las sociedades democráticas. Las sustancias que alteran los estados de conciencia y las percepciones mentales multiplican las diversas maneras del individualismo moderno pues nos inician a otro mundo, aumentando la *performance* de cada uno, explorar en profundidad el campo de conciencia, anestesiando la angustia, favoreciendo el intercambio social por la desinhibición pero al precio de retrotraerse socialmente y encerrarse en sí mismo, en lo más profundo de lo privado. Constituyen así experiencias claramente contradictorias: ayudan a constituirse en tanto que individuo pero al mismo tiempo lo destruyen. A través del consumo de sustancias psicoactivas, el individuo postmoderno construye una identidad saludable compuesta de un yo amplificado y desorganizado. Son la respuesta técnica e industrial derivada sintéticamente de plantas naturales a ese proceso que empuja a cada individuo a inventar su propia vida, a encontrar por sí mismo su lugar en el mundo y su identidad, su barómetro espiritual o estatuto jerárquico. Las “drogas” participan de las contradicciones de la libertad moderna entre la aspiración a orientarse por sí mismo y el precio de cargar solos con cada existencia (Ehrenberg, 1995). La democracia –en matrimonio con la economía de mercado (capitalismo)– representa una forma de sociedad que reposa sobre esta soberanía del individuo, sobre esta inaprensible y alucinógena aptitud para fundarse libremente a sí mismo en igualdad, libertad y fraternidad, a constituirse sobre una columna vertebral ausente. El individuo moderno se constituye alrededor del vacío totémico, en ausencia del padre y por lo tanto de la ley y de la norma. Y aquí rescatamos a Durkheim y su noción de anomía. Este autor avanzó la tesis de la relación entre industrialización-urbanización con secularización-individualismo y disminución del vínculo social o comunitario. Bautizó la consecuencia de esta relación con el término de anomía y lo relacionó con el suicidio y una mayor presencia de trastornos mentales, como se ha ido viendo posteriormente. La influencia nociva de la anomia es particularmente evidente en los procesos de aculturación –proceso extendido a través de la globalización–, pudiéndose ocasionar trastornos mentales tan graves como las psicosis reactivas (Guinness, en de las Heras, 2005). Toda la problemática social en torno a las drogas está directamente relacionado con este proceso de anomia social que vivimos desde hace al menos dos siglos.

Esta segunda dimensión de las “drogas” como medio para gestionar ciertos problemas derivados de nuestra libertad para constituirnos como individuos civilizados, es decir, controlarnos por nuestros propios medios y así vivir relaciones pacíficas, cumple su función. Esta dinámica de pacificación pasa por toda una serie de procedimientos que civilizan y controlan (policían) a los individuos y sus relaciones de manera a tolerar cada vez menos la violencia física. De ahí que las violencias externas se desplacen hacia el interior de esos mismos individuos libres, iguales y fraternales en donde libran auténticas batallas en sus respectivos interiores, en donde se encuentra la libertad. De ahí también podemos entender esa tendencia neurótica moderna, esa lucha interna e internalizada dentro del individuo moderno.

En nuestro proceso de civilización las drogas son ese artificio que permite a la subjetividad en guerra consigo misma poder vivir pacíficamente y escoger relaciones diferentes con el exterior, acelerando las vertiginosas posibilidades que la sociedad ofrece o protegerse de las consecuencias que ella impone.

HIPERRESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

La sociedad actual, apodada postmoderna, empuja al individuo cada vez más a hacerse responsable de uno mismo, hasta tal punto que podemos decir que la esfera política y social se va desintegrando o fragmentando y desplazando hacia el individuo. Todo es responsabilidad suya y, por lo tanto, este individuo postmoderno debe encontrar su proyecto de vida y actuar por y para sí mismo/a, para así no estar excluido del “vínculo social”, si es que queda alguno, y ello independientemente de las fallas de los recursos culturales, económicos y sociales de los cuales dispone (o no). Este período histórico en el que nos ha tocado vivir se caracteriza por la fragmentación de todas las instituciones políticas: utopías políticas (ismos), Estado de bienestar o Estado de providencia, gobiernos (gobierno de nadie), etc. (de las Heras, 2005). Todo aquello que toca lo común, lo político y más modernamente lo social, tiende a

desaparecer, a confundirse con lo privado. Lo público se privatiza y lo privado se convierte en público, sobre todo cuando se trata de catástrofes en donde entran en juego las indemnizaciones porque entonces sí que lo privado se reivindica como público (Verdú, 2003).

De todo este proceso confuso surge el individuo sufriente y con él las nuevas “enfermedades del alma” (Kristeva, 1993) que ponen al descubierto toda una patología (dolor) que también ha sufrido su proceso de privatización. Dentro de este nuevo sufrimiento o *pathos* tenemos, entre otras patologías, la “toxicomanía” o adicciones. Un problema “individual” que paradójicamente toma aires de “epidemia social” y que nos afecta a todos, es decir, una patología estratégicamente individualizada que retoma su genuina y auténtica dimensión pública. Una patología tan individualizada que pone en tela de juicio el entramado social, aquella dimensión suprimida que reclama su espacio público.

La droga-adicción, con o sin sustancia, no es otra cosa que un síndrome de una sociedad enferma, enferma por la desaparición de las esferas pública y privada diferenciadas, enferma por la confusión a la cual somete al individuo, enferma crónica por el exceso de responsabilidad a la cual los individuos se ven sometidos, haciéndolos responsables incluso de aquello que no es de su competencia, y cada vez con menos derechos. La toxicomanía revela todo un conjunto de carencias humanas que ponen de manifiesto la despolitización y desacralización de la sociedad y un profundo malestar en la civilización por disminuir los vínculos colectivos, sumiendo al individuo a la más pura expresión de su impotencia: la apatía y la violencia.

La privatización de la existencia tiene un alto precio: el vacío propio de un yo dividido, de un yo sin nosotros o sin alteridad (un yo singular, no plural) que hace de cada individuo un ser extremadamente vulnerable: el sufrimiento psíquico al cual esta privatización somete al individuo postmoderno. Así descodificamos hoy una multiplicidad de problemas cotidianos en el lenguaje psicológico, y particularmente en la depresión, mientras que estaban enunciados, hasta hace bien poco, en un lenguaje social o político de la reivindicación, de la lucha y de la inequidad. No es hacer justicia psicologizarlos sino al contrario, devolverlos o resituarlos dentro del contexto histórico, político, social y cultural en donde surgen y responsabilizar a quien realmente es responsable. Actualmente nos damos cuenta de los enormes problemas psicológicos y sociales que causa la falta de límites y sin embargo no se han fijado unos para la ilimitada responsabilización que pesa sobre el individuo.

La “toxicomanía” o droga-adicción es el parangón del individuo sin vínculo, encarnando –como antes lo era la del vagabundo– la presencia misma de lo no-social. Y el dolor de este solipsismo social, el dolor de la prisión individualista se mitiga gracias a antidotos legales como lo han sido el alcohol y hoy más concretamente los antidepresivos, ansiolíticos, anfetaminas y esteroides.

DROGA Y CULTURA/SOCIEDAD

La apelación de droga a ciertos productos y no a otros no deriva tanto de la toxicidad de los productos como de la cultura y de las normas. La definición de droga hoy se extiende más allá de ciertas sustancias psicoactivas para designar actividades o relaciones, estableciéndose así un consenso alrededor del concepto de adicción, entendida ésta en su concepción prestada del derecho romano como estado de esclavitud tras perder la libertad por endeudamiento – *addictus*—. Y a tenor de dicha definición, nos podríamos preguntar ¿quién no es adicto hoy en día, en nuestra sociedad, en donde predomina justamente este estado de adicción perpetua a través de la compulsión a consumir, no importa qué, al precio de endeudarse hasta límites insospechados? ¿Cuántas personas utilizan la compulsión a comprar como antidepresivo? Y esa es la norma social en la que los individuos de hoy estamos inmersos: tenemos que ser adictos pero a productos socialmente aceptables y aceptados y así lograremos calmar nuestra angustia y ansiedad al vacío, fruto, en gran medida, de la fragmentación de vínculos comunitarios o sociales. Pero pobre de aquellas personas adictas a “sustancias ilegales” que quieran llevar su aislamiento al terreno real. Las adicciones socialmente aceptadas no hacen sino paliar y crear “comunidades” ficticias pues son la unión de individuos aislados, unidos justamente por aquello que los separa: la adicción. También las personas catalogadas de

“toxicómanas” intentan recrear la comunidad perdida pero lo hacen en el estricto solipsismo que permite la sociedad: el interior. Estas personas realizan un viaje al interior de sí mismas, relegando así cualquier vínculo a la nada y esa es la mayor trasgresión, un límite que no se perdona porque no participa en lo único “público” que la sociedad ha dejado: la economía. Bueno, participa pero no de la misma manera. El alcohol, junto con las nuevas adicciones, permite la socialización, es decir, la reunión de individuos aislados en no-lugares comunes como centros comerciales, bares. Permiten sacar al exterior la privacidad. La persona del toxicómano en cambio transgrede y se ausenta del mundo porque se casa consigo mismo, completando así todo un bucle melancólico que no es otra cosa que una vuelta a sí mismo.

Y así el campo de batalla de lo público, el exterior en donde el ser humano debe jugar una gran parte de su partida, se ve también transferido al interior de sí mismo. Así el exterior, campo donde se libran algunas batallas correspondientes a la libertad, el derecho, la igualdad, la legalidad, entre otros aspectos, se fragmenta y toda esta lucha se vuelve hacia el individuo aislado, haciéndolo responsable de su bienestar. Y así nos vamos desresponsabilizando de todo aquello que nos concierne en tanto que seres humanos.

DROGA: LA REIVINDICACIÓN DEL SÍNTOMA. HISTORIA Y EVOLUCIÓN RECIENTE DE LA DROGA

Contextualizar cualquier problema, es decir, ponerlo en su perspectiva histórica y de origen nos ayuda a comprenderlo. Al contrario, la perspectiva atómico y objetivista nos hace perder de vista todo el engranaje real en el cual todo problema surge y ello nos confunde y difunde de su real y verdadero propósito, impidiendo una comprensión global.

Una cuestión que nos interesa es ¿porqué, por ejemplo, el vino se ha constituido como algo social al igual que otras adicciones mientras que la droga (ilegal) se ha constituido como negatividad pura cuando en realidad es una técnica entre otras que permite multiplicar la individualidad?, ¿porqué el consumo de droga se ha instituido como manía y no el alcoholismo?

En un principio, las drogas –ilícitas–, al contrario que el alcohol, proporcionaban una sensación de calma y de éxtasis; estimulaban las sensaciones y al mismo tiempo calmaban los tormentos del alma. De alguna manera, las drogas –ilícitas– proporcionaban esa apertura y control de uno mismo, mientras que el alcohol enturbia los sentidos y desparrama la individualidad. Los efectos de la droga –ilegal– agudizaban la mente y calmaban el espíritu, por lo que el individuo es capaz de grandes logros y de hecho el medio artístico siempre fue proclive a utilizar estos medios.

La “droga” –ilegal– era y sigue siendo un medicamento, ante todo, pero que da a todo ser humano la posibilidad de alcanzar la plenitud. Y con el tiempo pasa a ser un hecho social porque pasa de ser un medicamento a una experiencia individual que va más allá de las fronteras y límites de uno mismo. El sujeto (post)moderno tiene que inventarse a sí mismo, apoyarse sobre sí mismo y ser responsable de sí mismo, y en esa búsqueda, la droga ayuda. La angustia que la (post)modernidad hace recaer sobre el individuo, siendo su propio progenitor, abandonado de lo social como fuente de enraizamiento, hace de la droga su mejor calmante. Con ella, el individuo consigue ser él/ella mismo/a pero sin angustia. La “droga” es un medio químico que ayuda a resolver la tensión que la modernidad nos ha traído, haciendo desaparecer lo político (social) y abandonándolo a su suerte, lo que genera una angustia casi insoportable. En el período en el cual el sentimiento de individualidad se profundiza (siglo XIX), la droga es percibida como una exploración de un más allá de los límites y una prueba de singularidad. Viene a ser como un laboratorio en donde se experimenta justamente esa frontera que separa lo de fuera y lo de dentro. La cuestión de la droga pasa a ser la distancia mínima sin la cual se pierde el contacto con el otro y consigo mismo (Ehrenberg, 1995).

Mientras que el alcohol se presenta como un medio de sociabilidad que evita la intimidad y la individualidad, la droga es justamente todo lo contrario: el medio por excelencia de alcanzar la intimidad. Beber es un acto social, “chutarse” es un acto individual. El alcohol nos lleva hacia fuera y la droga nos transporta al interior de nosotros mismos.

La droga, en el siglo XX, se ha ido desplazando desde la anestesia de los dolores del vivir individualmente en el siglo XIX, hacia la búsqueda del placer en una cultura en donde la consumición se ha convertido en la principal droga. Así, la droga intenta hacer desaparecer el dolor de vivir buscando un confort que anula la voluntad. Un confort interior que expresa al mismo tiempo la preocupación moderna de ser responsable de sí mismo. La “droga” concierne así el nacimiento del cuidado de sí mismo. En otras palabras, la “droga” es una medicación descubierta casualmente para paliar el tratamiento del dolor, pero que provoca una calma interior que ya desde tiempos inmemoriales se utilizaba en otras sociedades. La “droga” en el siglo XIX fue un descubrimiento accidental de un placer al ser consumida para calmar un dolor –fundamentalmente físico– y que la sustancia, por añadidura, producía una vibración especial. En este sentido, la “droga” se constituyó en ese espacio entre la automedicación y el vértigo que producía la sensación fuerte. Hablamos del opio y su alcaloide más activo, la morfina, y más tardíamente la heroína.

En el siglo XX rápidamente el consumo de sustancias psicoactivas o psicotrópicos se convirtieron en manías: heroinomanía, cocainomanía, opiomanía hasta reagruparlos en toxicomanía durante el primer cuarto de siglo. Al principio era un medicamento del que al cabo de un tiempo, las personas no podían prescindir. A partir de este momento, el espacio en el que la “droga” como problema se constituye, oscila entre delito y castigo, por una parte, y enfermedad y medicina por otra. No olvidemos que la “droga” en sus “comienzos” en la medicina occidental, jugaba el mismo papel que hoy los tranquilizantes: un medicamento para aplacar el dolor. Y al respecto, ¿cuántas personas están “enganchadas” al Trankimazin, por ejemplo?

DROGA Y CONSUMISMO, UN MISMO DENOMINADOR COMÚN: LA BÚSQUEDA DEL PLACER SIN ESFUERZO

La búsqueda del placer sin esfuerzo, obtener la gracia sin el mérito, es lo que destilará a la “droga” del medicamento, pues el estado de bienestar individual no puede desligarse de la búsqueda de sensaciones que abrió el siglo XIX. Alcohol y drogas invierten al cuerpo: los sentidos son solicitados (tacto, oído, olfato, vista). Pero la gran ciudad también se encarga de agudizar los sentidos y las sensaciones a través de todas las exposiciones universales y las grandes superficies que comienzan. Estos nuevos entretenimientos sugieren que aquello que se obtiene de la droga también se puede obtener por otros medios. En este sentido, a finales del XIX se fragua la proposición de nuevos estilos de vida dirigidos a la pequeña burguesía y a las clases medias en donde predomina el confort, el buen gusto y la vida excitante. El consumismo nace como una máquina de tentaciones, al igual que la “droga”. Y, al igual que ésta, el consumismo también promete la ilimitación del deseo a través de la estimulación constante de los sentidos, al mismo tiempo que ofrece la excitación en la vida y salirse de lo cotidiano y lo fatigoso. Nos transmite la democratización del lujo, el confort, así como una sensación de bienestar y armonía social. Por fin, tenemos creada una nueva comunidad: la de consumidores. El consumismo dibuja los perfiles de un nuevo espacio común: los centros comerciales. Pero así, el individuo moderno se esclaviza y, por lo tanto, a través del consumismo, se hace adicto, es decir, se hipoteca. La única diferencia con la droga es que mientras que la nueva adicción, el consumismo, es aceptada socialmente –impuesta económicamente–, la “droga” es repudiada. Los grandes almacenes son máquinas impersonales que hacen circular a las personas y les ofrecen todo un espectáculo. En este sentido, el consumismo, al igual que la “droga”, pertenece a la antropología y psicología de la sensación, pues penetra en el cuerpo de los consumidores a través de la estimulación de los sentidos, sobre todo visuales. El consumismo suscita el deseo alucinado. También surgen nuevas manías como en la droga, una de las cuales es la cleptomanía, manías relacionadas con la impulsión y la patología de la voluntad. El consumismo permite perder el control al igual que cualquier otra “droga” y tiene su función médica de aplacar el dolor de vivir pues se utiliza como antidepresivo. Esta nueva problemática no concierne necesariamente a las clases populares. Las instituciones obligan progresivamente a que el individuo moderno entre en su interior a través de formas sociales impersonales como el consumismo. La ética protestante-capitalista desplaza esta forma hacia el culto terapéutico bajo el yugo del cuidado personal y de la salud.

LA MEDICALIZACIÓN DE LA EXISTENCIA HUMANA: EL PROZAC, MITO DE LA DROGA PERFECTA

En ese afán progresivo de intentar obstinadamente y sin resultados ni pruebas concluyentes, de delimitar lo que es normal de lo que no lo es, se intenta perfilar, dibujar y cristalizar criterios que a la postre revelan una arbitrariedad, cuanto menos sospechosa. Esto lo demuestra experimentalmente David Rosenhan ya en 1968. Una persona “normal” que decide fingir una psicosis y es recluida, diagnosticada y tratada como tal en una institución. Esto es, un falso paciente que, para conseguir ser dado de alta, lo único que tuvo que hacer es comportarse “normal”, educadamente, obediente y evitar ingerir toda la panoplia de fármacos que le suministraban (Rosenhan en Watzlawick et al., 1998).

Cada vez más se medicaliza toda una serie de “trastornos” que son más propios de la condición existencial humana y que son diagnosticados como patologías pero que realmente están más ligados no sólo ya a la propia condición humana sino a la condición inhumana a la que la sociedad postmoderna nos lanza. Los síntomas son tan amplios e imprecisos que prácticamente todos podríamos decir que “ese soy yo”. Uno de esos diagnósticos más propagados es la distemia, es decir, cansado, deprimido, con dudas sobre sí mismo y su destino, sin ganas de hacer nada por momentos. Pero ¿quién no ha estado así?, ¿quién no pasa cíclicamente por fases en que todo parece apagado, triste y sin sentido? (Blech, 2003). Cuando se escucha el telediario o se lee a ciertas lecturas como “refugio en un mundo despiadado”, “el libro negro de las marcas” o cuando se ven reportajes como el de “Bowling for Columbine”, uno no ve el sentido social de nada y puede fácilmente entrar en un período sombrío, perfectamente normal y acorde a los tiempos en que vivimos. No es nada anormal, es más, es normal y sano responder con cierta tristeza, apatía y sentir un cierto sinsentido, valga la redundancia.

Con la medicalización de la vida diaria hemos pasado del tratamiento de trastornos psíquicos a la medicación sistemática de simples sufrimientos psíquicos existenciales propios y provocados por nuestro modo de vida. Son, en muchos casos y muchos de ellos, sufrimientos normales y sanos que debieran permitir al ser humano evolucionar. De esta manera, el Prozac se ha convertido en la droga legal por excelencia y de moda que vale para la melancolía, la tristeza, los miedos y la ansiedad. Dicha sustancia permite mejorar el estado de ánimo y así muchos “pacientes” pueden conseguir una especie de felicidad mental gracias a la industria sanitaria. El Prozac, como la metadona, permite vivir con normalidad pero asistido por la química. Se puede vivir con droga pero evitando los efectos de riesgo autodestructivos que otras drogas suponen. Los analgésicos del humor, las drogas del funcionamiento pero que a su vez eliminan el riesgo de destrucción de sí mismo y de la sociedad, le hacen a uno dependiente, adicto a la normalidad social que impone el consumismo y eso es el devenir del individuo postmoderno. Las guías del dopaje aumentan y explican cómo entrenar nuestra memoria y aumentar nuestra inteligencia empleando los últimos descubrimientos de la neurociencia. A las drogas “Prozac”, antidepresivos, se unen toda una panoplia de vitaminas, nutrientes y estimulantes del sistema nervioso y de las neuronas. Alimentación y medicación se confunden en esta incipiente y nueva era de la felicidad que paradójicamente se mezcla con toda una nueva diagnosis en donde se multiplican las dolencias psíquicas que repercuten en lo físico, como la fibromialgia o la mononucleosis. Parece que las drogas benefactoras tienen el efecto perverso de generar aún más malestar cultural, social, individual y orgánico.

LA PSICOSIS: UN MODELO DE ADICCIÓN PERFECTO

Parece que la difusión de drogas legales, cada vez mejor toleradas por el organismo, expande un modelo de persona negativo ya iniciado en su día por las drogas ilegales y continuado hoy por el modelo médico hegemónico gracias a la invención de los neurolépticos para los psicóticos. Estas drogas legales, y por lo tanto medicamentos, han conseguido, al menos parcialmente, “restaurar” el vínculo de estos “locos” con el mundo real, convirtiéndolos en sujetos con sufrimientos y angustias como cualquier otro. Así, el paciente psicótico, que ha sido el primer individuo en vivir drogado en permanencia –mismo si las alucinaciones no remiten-, instaura un estilo de vida basado en el consumo diario de drogas y representa el modelo futuro para una sociedad en donde la sensibilidad –o intolerancia- al sufrimiento psíquico conduce a

hacerle entrar en la terapéutica, que sea médica, química o religiosa, aquello que no puede curar y siendo el sufrimiento su marca de identidad. Así, sobre la base del individuo enfermo psicótico, se desarrolla el individuo "prozaico", literalmente aquel/la que para suplantar el acceso a lo metafórico, a lo simbólico, a la ley, a la norma, a lo poético, a lo comunitario (social), a lo político, opta por la vía química de la droga médico-legal. Esa es la verdadera, única y auténtica dolencia individual y social, el vacío medicalizado por las drogas legales, vacío que ya en el siglo XIX se intentó paliar con la droga, hoy proscrita por ilegal.

La morfina y el prozac parecen ser dos caras -una malévola y otra benévola- o dos extremos de una modificación química en permanencia del individuo postmoderno.

El antidepresivo es a lo psíquico lo que la silicona a lo físico, un "implante" permanente que emana felicidad y anestesia al ser humano, adaptándolo a una sociedad que pide a gritos docilidad pero que está gravemente enferma; una sociedad neurótica, y por lo tanto patológica, en donde la perversión es tan fuerte que lo patológico se ha convertido en normal y lo normal en patológico.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, (1997). *Modernidad y holocausto*. Sequitur. Toledo.
- Blech, J. (2005). *Los inventores de las enfermedades*. Barcelona. Destino.
- Di Trocchio, F. (1995). *Las mentiras de la ciencia*. Madrid. Alianza Editorial.
- Elias, N. (1991). *La société des individus*. Paris. Fayard.
- Ehrenberg, A. (1995). *L'individu incertain*. Paris. Calmann-Lévy.
- Durkheim, E. (1992). *El suicidio*. Madrid. Akal.
- de las Heras, J (2005). *La sociedad neurótica de nuestro tiempo*. Madrid. Espasa.
- Huxley, A. (1976). *Un mundo feliz*. Madrid. Plaza & Janés.
- Juarista, J. (1998). *El bucle melancólico*. Madrid. Espasa.
- Kristeva, J. (1993). *Les nouvelles maladies de l'âme*. Paris. Fayard.
- Rosenhan, D. (1998). Acerca de estar sano en un medio enfermo. En Watzlawick (comp.). (pp. 99-120). *La realidad inventada*. Barcelona. Gedisa.
- Szasz, T (1974). *Ceremonial Chemistry: The Ritual Persecutio of Drugs, Addicts, and Pushers*. Holmes Beach: Learning Publications.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo Barcelona*. Anagrama.